

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS CACHAQUILLEROS LITERARIOS¹

RENÉ J. CAMPIS C.²

RESUMEN

El presente artículo recoge algunas impresiones sobre la polémica alrededor del tema de la historiografía de la Revista Voces y del papel que jugó Ramón Vinyes en ella. Nos apoyamos en los artículos de opinión Defenestrando a un sabio de Armando Benedetti y Las andanzas lanudas de un columnista de Ariel Castillo Mier, centrándonos principalmente en el análisis del segundo

Palabras claves

Cachaquilleros, literatura, Revista voces, cultura

ABSTRACT

The present article collects some controversial views about the historiography of Revista Voces (Voices Magazine) and the role that Ramon Vinvyes played in it. We rely on the articles of opinion Defenestrando a un sabio of Armando Benedetti and Las andanzas lanudas de un columnista of Ariel Castillo Mier, focusing on the second article.

Key Words

Cachaquilleros, literature, Voices Magazine, culture

¹ Cachaquillero (a): dicese de aquellos barranquilleros que se sienten más identificados con la condición cachaca que los rolos mismos. Equivalente barranquillero del cartacachaco, raza híbrida de barranquilleros que reconocen en los andinos a sus superiores en moralidad, edad, dignidad o gobierno. Se descubren ahora los *cachaquilleros literarios*, pues de los políticos ya sabemos que hay una larga tradición.

² Filósofo. Investigador. Miembro fundador del grupo de investigación Holosapiens, adscrito a la Universidad del Atlántico y reconocido por Colciencias. Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Atlántico.

Introducción

El presente artículo recoge algunas impresiones sobre la polémica alrededor del tema de la historiografía de la Revista Voces y del papel que jugó Ramón Vinyes en ella. Nos apoyamos en los artículos de opinión *Defenestrando a un sabio* de Armando Benedetti³ y *Las andanzas lanudas de un columnista*⁴ de Ariel Castillo Mier, centrándonos principalmente en el análisis del segundo. La tesis que se defiende aquí es que este último artículo resulta revelador de algunas ideas imperantes en herméticos círculos intelectuales de la ciudad.

Que un columnista de un periódico cometa algunas imprecisiones e ignore alguna información, se entiende. No en vano opusieron los antiguos griegos el concepto de *episteme* al de *doxa*. Al fin y al cabo, la *doxa* es precisamente aquello a lo que se dedica el espacio de estas columnas: a exponer opiniones, que pueden ser más o menos atinadas. Con todo, entre desatino y desatino, la *doxa* ayuda a que surja la *episteme* a través de la discusión libre de ideas.

Pero cuando los desatinos los comete alguien que pertenece al *stablishment* de la intelectualidad barranquillera, estamos ante un problema bien serio: se trata de la laxitud con la que algunos autores han tratado el tema del análisis

del acervo documental y recopilación de evidencia histórica, lo que ha desembocado finalmente en que se asuman acríticamente algunas tesis sobre la historia cultural de la ciudad.

La actitud antes descrita es un serio indicio de algo que hasta ahora era solo una sospecha para las jóvenes generaciones de nuestra ciudad: que el cuento de nuestra historia cultural nos lo han contado mal, que hasta ahora es un cuento incompleto y que las versiones al uso son, en mayor o menor grado, acomodadas, o al menos faltan en muchos casos al rigor académico y a la honestidad intelectual.

En este caso, ocurre lo que en aquellas democracias formales que son en la práctica dictaduras (ejemplos hay bastantes y muy cercanos, tanto de izquierda como derecha): posando bajo la forma de una sana apertura a la discusión se esconden, además de un fiero dogmatismo y de la completa indisposición para considerar haberse equivocado, otros intereses. Entre ellos, el de sostener una interpretación de nuestra historia cultural que es ortodoxa, oxidada y gastada, que no resiste el análisis crítico y lógico de sus argumentos.

Para resumir las impresiones que he compartido con algunos estudiantes universitarios interesados por el tema,

³ *Defenestrando a un sabio*. En: *Rincón Caribe* (Columna de Opinión de Benedetti en el periódico *El Tiempo*), 27 de junio de 2005.

⁴ Periódico *El Tiempo*, 4 de julio de 2005.

la sensación es la de que, como reza el decir popular, “a ese cuento le hace falta un pedazo.” Y se trata de uno bien grande.

Saludo -antes de entrar a comentar el artículo-, al naciente debate sobre el tema de los orígenes y la naturaleza de la *Revista Voces*, y el papel de Ramón Vinyes en la misma. Espero hacer una pequeña contribución a la discusión sobre el tema de la historia de la cultura y de las ideas en la Barranquilla del siglo XX, discusión ésta que apenas inicia. Cabe aclarar que mis comentarios a “Las andanzas...” no están dirigidos como un ataque a la persona, sino al artículo que su autor ha hecho público y que, a mi juicio, es tan erróneo como insatisfactorio.

Está aún por ser organizado un evento académico en el que los estudiosos de estas materias puedan confrontar sus tesis. Eso sí, basándose esta vez en **documentos de primera mano**, y no apelando a comentarios de boca, citados (de manera ambigua, descontextualizada, dudosa o incompleta) por trabajos hechos en el pasado, mencionados luego nuevamente como si fuesen testimonios indiscutibles, como si fuesen prueba rotunda de la verdad de lo que se plantea. La comunidad barranquillera, y en especial su juventud, no resiste más este tipo de historiografía. Pasemos entonces a comentar el artículo de marras en cuatro fijaciones analíticas.

Comentarios a “Las andanzas lanudas de Cicuta”

I

La acusación del argumento *ad hominem* y el descubrimiento de una nueva especie: los *cachaquilleros*

Comienza el crítico por insinuar que se referirá a “un ente de ficción, de modo que cualquier parecido suyo con la realidad no es sino una coincidencia.” Es bien claro, para quien lea el texto, que responde al otro texto titulado *Defenestrando a un sabio* de Armando Benedetti, y en el que juzga la situación como coincidente con “la historia de Caín que por sinrazones insondables sigue asesinando a Abel.”

Empecemos por decir de una vez por todas que ni el columnista de *El Tiempo* es Caín, ni Vinyes es Abel. No intentaré hacer aquí una defensa en sentido fuerte de Benedetti, pues considero que nos distrae del objetivo de mostrar lo inadecuado del texto en respuesta al suyo. Me basta con señalar que el autor de “Las andanzas...” se refiere a la “columna pendenciera” del otro protagonista del caso y a sus tertulias como “chácharas etílicas de tres horas”, además de acusarlo de andar “armando escándalo”, “buscando camorra” y de usar “el viejo truco de treparse sobre el prestigio de los otros para alcanzar cierta resonancia”, “el ataque a la persona y no a la obra, la descalificación disfrazada de moralina medieval”. Dos cuartillas más adelante refiriéndose a la revisión del trabajo de Jacques Gilard

dice que “lo recomendable es debatir sus propuestas con rigor, tras el previo conocimiento [...] **de su trabajo, y con juicios (no con prejuicios) y argumentos coherentes y racionales** sobre la obra, y **no ataques alevés, en una suerte de sicariato verbal que busca mediante epítetos la eliminación del contrincante**”⁵.

Resulta evidente que nuestro crítico acusa a Benedetti de aquello mismo que está haciendo con él: usando argumentos contra la persona. Para el caso, resulta ser grave, pues si bien no es una prueba de la falsedad del argumento del columnista, los ya mencionados y grandilocuentes argumentos *ad hominem* y otros tantos más regados a lo largo del texto, confunden y desvían la atención de lo que se supone es realmente importante para el autor: debatir el papel real de Vinyes en la *Revista Voces*.

Por otra parte, no deja de ser inquietante que, refiriéndose a Benedetti, nos diga que “**pese a que este personaje nació a orillas del Mar Caribe... reparte puños y patadas contra los nacidos lejos del mar** y su música incesante, **en especial, los oriundos del páramo** próximo a las estrellas **o en la primavera paisa**. No obstante, en **una lección de civilidad, las víctimas de sus diatribas han sabido responderle a sus impertinencias litorales con la sonrisa conmisericordiosa de los perdonavidas [...]”.**

Aclaremos primero que no tengo nada en contra de los andinos ni de los paisas, pero sí en contra de asumir que son superiores a los nativos de la costa. No somos más, pero tampoco menos que ellos. Y las palabras de este párrafo nos recuerdan el caduco discurso de algunos interioranos en el sentido de señalar que en comparación con nosotros los costeños, ellos son los decentes, los educados, los civilizados y los respetuosos, por mencionar algunas virtudes. Teníamos la impresión de que solo había una híbrida especie de cruzamiento entre cachacos y costeños que mira por encima del hombro al resto de los nacidos en tierras costaneras: los *cartacachacos*. Pero hemos descubierto, no sin cierto pesar, que el crítico resulta ser un *cachaquillero*, un ejemplar de toda una raza híbrida de barranquilleros que reconocen en los andinos a sus superiores en moralidad, edad, dignidad o gobierno. Para quienes aún no es claro el concepto de aquellos que pertenecen a la recientemente catalogada especie, son ellos los barranquilleros de nacimiento o por adopción que hacen eco de ideas como la de que en la costa norte de Colombia no hay academia ni intelectualidad seria; los mismos que señalan en una hilera de lecturas por nacionalidades (italianas, inglesas, francesas, españolas) a las “bogotanas” como si Bogotá fuese una nación, como si fuese todo el país.

⁵ El subrayado de las citas aquí expuestas es nuestro.

II

El privilegio del contenido frente a la forma

No tiene en sí nada de malo cultivar el estilo. Un estilo florido se comprende mejor si se trata de alguien que desarrolla su actividad académica en temas literarios. Lo que sí es lamentable es que se privilegie la forma frente al contenido, o en mejores términos, que en lugar de concentrarse en los argumentos, el énfasis de un texto de crítica sea el *estrictamente* formal: la recarga de figuras, el abuso de los adjetivos rebuscados, de las palabras rimbombantes y, en especial, de la aliteración. En cambio, algunos argumentos son flojos y otros párrafos que son meros artificios de preciosismo fraseológico, se prestan para tender una cortina de humo frente al hecho de que al texto le falta rigor lógico y consistencia argumentativa.

Se espera de un texto de crítica literaria, que más que estar escrito en una forma cuidadosa, contenga argumentos sólidos, no ataques a la persona, figuras de ornamentación literaria, prosopopeya, grandilocuencia, afirmaciones gratuitas. La argumentación, que pretende ser contundente es floja, cuando no inexacta. Insisto en que no se trata de un ataque personal. No es mucho lo que conozco de la obra de Castillo Mier, así que no me siento autorizado para juzgar su obra, pero sí para levantar grandes reparos a este texto

en particular. Respecto al tema del estilo, espero que quien lea este texto (adjunto como apéndice a este trabajo), se forme una opinión propia que bien puede diferir de la mía. Con respecto a las acusaciones de falta de rigor en el contenido, hay que respaldarlas. Veamos en las siguientes dos fijaciones algunos ejemplos de ello.

III.

La cita textual de Vinyes

Este caso es quizás el ejemplo más claro de lo inadecuado del texto. En él se nos dice que “el artículo contra Vinyes **es un texto de cuarta o quinta mano** que cita a Fiorillo que cita a Bacca que cita en secreto a un integrante del Grupo de Barranquilla”. Es esta acusación, por cierto, de no poca monta.

Una de las faltas más graves a la honestidad intelectual y al rigor académico es hacer mal uso de las citas textuales. Pero es una acusación de la cual ni el mismo acusador se salva: seguidamente, cita la “lección de ética” de Vinyes en *Voces*, 29 (ya sabemos de sus altísimas cualidades, pero hasta ahora nos enteramos de que también es un clásico de la ética), la cual transcribimos tal y como aparece en el artículo en mención: “No se debe hablar **del hombre** sino de su obra. *Voces* está escrita con **una** absoluta honradez literaria. No hablamos de un **escritor** sin que conozcamos su obra. Sabemos que es mucho más fácil dar la opinión de una opinión que la opinión propia, pero no lo hacemos.”

Esta cita resulta ser una transcripción **casi** textual de la cita de Vinyes hecha por Germán Vargas en su *Revisión de Voces*⁶, que aparece en la (muy afortunada) reedición de la Universidad del Norte (2003) como sigue: “No se debe hablar **del hombre** sino de su obra. *Voces* está escrita con **una** absoluta honradez literaria. No hablamos de un **autor** sin que conozcamos su obra. Sabemos que es mucho más fácil dar la opinión de una opinión que la opinión propia, pero no lo hacemos. Procuramos estar al corriente de cuando [sic] sale **de** nuevo en libros... y nuestro criterio es el que los agrupa sin prevención en contra ni afecto en pro. Así creemos que debe hacerse.”

Por considerarlo de enorme significación para establecer el punto de que **aún las fuentes que muchos tienen por ser las más autorizadas en el tema de *Voces* cometen errores**, punto éste que será importante más adelante en este artículo, transcribo a continuación parte de la nota de Vinyes, tal y como aparece en la reedición del 2003: “Terminamos nuestras notas con una declaración. *Voces* está escrita con absoluta honradez literaria. No hablamos de un **autor** sin que conozcamos su obra. Sabemos que es mucho más fácil dar la opinión de una opinión que la opinión propia, pero no lo hacemos. Tenemos odio a los juicios hechos y a las enciclopedias más o menos británi-

cas; tenemos odio a las líneas generales que, por abarcar mucho, aprietan tan poco.”

La nota continúa, pero con esta parte ya es evidente, al comparar las tres citas, que **Germán Vargas se equivoca al citar textualmente a Vinyes**, y que **el crítico** aquí comentado, quien recordemos acusa a Benedetti de citar de cuarta o quinta mano, **tampoco hace una cita directa, sino de tercera mano**. Vale la pena insistir que semejante rigor no puede exigírsele a un columnista de opinión, pero sí a un académico que se precie de serlo.

Mi impresión personal es que existe un empecinamiento en desestimar las objeciones y críticas de fondo hechas a algunos trabajos ya publicados sobre *Voces* –tomando su contenido cual verdad revelada. Empecinamiento -digo- que no podría estar más en desacuerdo con ‘odiar a los juicios hechos’ y ‘a las líneas generales que, por abarcar mucho, aprietan tan poco’, y que se opone rotundamente a lo señalado más adelante en la misma nota de Vinyes, cuando al referirse a las colaboraciones enviadas a *Voces* nos dice que “nuestro criterio es el que los agrupa sin prevención en contra ni afecto en pro.”⁷ Haciendo caso omiso a las palabras de Vinyes, a las críticas sobre los recuentos ofrecidos hasta la fecha sobre *Voces* no se les ha recibido

⁶ VARGAS Cantillo, Germán. *Revisión de Voces*. En *Voces 1917-1920. Edición integra*. Ediciones Uninorte. Barranquilla, 2003. Volumen I, página 516. El texto fue a su vez tomado de *Voces (1917-1920): Selección de textos*. Germán Vargas (ed.). Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

⁷ VINYES, Ramón. Notas. *Voces*, Volumen IV, número 29. Página 328 (en la Edición de Uninorte, 2003).

hasta ahora con mente abierta, ni con disposición a renunciar a interpretaciones que son asumidas como totales cuando se suministra evidencia de que son solo parciales. O cuando se defien- de casi desesperadamente el trabajo de Jacques Gilard, a quien no negamos sus aportes y agradecemos su interés por nuestra historia cultural (aunque su voluminoso trabajo, por querer abarcar mucho, podría incluso ‘apretar tan poco’, parafraseando al catalán).

Si este caso doble (*Revisión de Voces* y *Las andanzas...*) que se documenta aquí de manera fehaciente ocurre, **¿Qué otro tipo de inconsistencias** (de contenido, en las citas, afirmaciones gratuitas sin ningún tipo de respaldo) **pueden presentarse en el caso de trabajos realizados por estos y otros autores que han escrito sobre Voces?** Inconsistencias éstas cuya existencia ha sido negada o que han tratado de ser minimizadas por el autor comentado y otros más. ¿De verdad creen nuestros especialistas en literatura e historia de las ideas que el caso está cerrado? La fidelidad a los acontecimientos y la honestidad intelectual nos reclaman **abrir realmente el debate**. Pareciera que la lección de ética en la cita completa de Vinyes viene justamente para aplicarla al caso del debate sobre la historia de la *Revista Voces*: ya hay un juicio hecho. Y quienes queremos una historiografía más rigurosa y que haga verdadera justicia a nuestro pasado cultural debemos, por supuesto, detestar ese juicio.

IV

Afirmaciones gratuitas y otras inconsistencias

Por razones de espacio me referiré aquí a dos o tres casos concretos. Citemos para ello las palabras de nuestro autor: “Conversador insigne, es posible que su palabra viva haya sido más eficaz que su obra escrita [...]”.

En este caso no es claro cómo el crítico, a menos que haya sido contertulio de Vinyes, pueda afirmar eso de “conversador insigne” tan directamente. Es muy probable que Vinyes si fuese un gran conversador. Lo que discuto aquí es que en el texto no hay algún tipo de referencia a una fuente autorizada para afirmarlo, de modo que resulta ser una afirmación gratuita. Y luego está el asunto de lo de “su palabra viva más eficaz que su obra escrita”. Uno podría muy bien preguntarse: *¿Eficaz para qué o para quién(es)?*

También habla de que “no hay derecho a persistir en la descalificación del trabajo **más que generoso** de Jacques Gilard.” No intento negar que Gilard hiciera grandes aportes a la difusión y el estudio de la literatura del Caribe colombiano. Aquí lo que es necesario señalar es que el mismo Gilard ha insinuado en carta⁸ publicada por el periódico *El Heraldo* de Barranquilla imprecisiones en su obra, que atribuye a su juventud e inexperiencia por ese entonces, como lo constatan sus propias

⁸ Periódico *El Heraldo*. Carta de Gilard (a Juan B. Fernández Renowitzky) publicada el martes 30 de diciembre de 2003.

palabras: “Creo que ahora sé bastante para trabajar **infinitamente mejor** que en aquellos años dorados”.

Por otra parte, no es en todo caso un trabajo “más que generoso”, en tanto que todo joven investigador **necesita** un discurso con el que trabajar y abrirse espacio en el mundo académico. Gilard recibió un beneficio (no pequeño, por cierto, sino más bien bastante grande) por su labor en Colombia. Reconocer los errores es un primer paso, pero con todo el respeto que este investigador me merece, a los jóvenes barranquilleros -y a muchos otros no tan jóvenes- nos hubiese gustado haber visto algún trabajo que diera cuenta de lo mismo antes de su fallecimiento, o al menos que se hubiese pronunciado en mayor detalle sobre el tema.

La defensa sistemática y casi apolo-gética de Gilard se nos antoja un tanto extraña en un trabajo crítico. Otra vez: sin negar los aportes hechos por el profesor francés, ha llegado la hora de hacer una reevaluación de su trabajo, y de ver hasta qué punto podemos proponer interpretaciones mejores que las suyas, incluyendo una evaluación de la nueva información disponible hoy para completar y corregir las investigaciones –si bien apasionadas, carentes de rigor en muchos aspectos– que el francés comenzó.

También se nos dice en *Las andanzas...* que el trabajo de Gilard “**nos ha revelado** cómo detrás de la obra de García Márquez había un proyecto literario con remotas raíces en la cultura popular regional.” Como si necesitáramos

que alguien hubiera venido para que “nos revelara” algo tan obvio. En el lenguaje empleado y en la actitud de sumisión antes vista en el artículo se puede leer de igual manera lo que es su actitud frente los andinos, ahora de cara al investigador europeo. A más de *cachaquillero*, su autor casi resulta ser también un *euroadorador*, al asumir que el europeo que viene hasta aquí desinteresadamente y nos ofrece su “más que generosa” ayuda sin esperar recompensa a cambio, amén de tomar sus palabras como ciertas, y de esforzarse por tratar de disculpar sus errores (los de Gilard), en un intento poco disimulado de blindar al trabajo del francés contra la crítica.

Conclusiones preliminares sobre la discusión en torno a *Voces*

Ahora adelantaré brevemente algunas conclusiones personales, que no son en ningún caso exhaustivas, ni tampoco tienen el tono de verdad revelada, de qué ganancias ha sacado la comunidad barranquillera hasta la fecha de la discusión sobre *Voces*, que insistimos, apenas comienza. La idea es ofrecer con ello mi opinión sobre el tema a manera de balance preliminar, que someto a la consideración de la discusión pública.

Para empezar, hay que destacar de nuevo la gestión hecha por la Universidad del Norte a través de su editorial y el equipo que tuvo a cargo el proyecto de reedición íntegra, por permitirnos contar con tan valiosa herramienta y ventana hacia nuestra historia cultural,

en especial a las generaciones venideras. Es de esperarse que en el futuro crezca significativamente este aporte, uno de cuyos efectos ha sido el de generar interés sobre este tema entre distintas generaciones. Esa es ya una gran ganancia. También, ha permitido identificar hoy al menos dos posiciones frente a los trabajos historiográficos ya publicados: una ortodoxa y otra revisionista, siendo la primera representada principalmente por intelectuales de las generaciones mayores, quienes insisto, a mi juicio, de labios para afuera pregonan estar dispuestos al debate, pero en la práctica reciben con intolerancia los cuestionamientos. Y la segunda, encarnada en las nuevas generaciones, que evidencian su preocupación e insatisfacción con las versiones tradicionales de nuestra historiografía de la cultura, la literatura y las ideas (de esto tengo constancia por algunas conversaciones con varios grupos de estudiantes universitarios de distintos programas de pregrado en varias universidades de la ciudad).

Decir que la discusión sobre *Voces* y el papel de Vinyes y otros miembros en ella está zanjada equivale a negarnos la posibilidad de comprender mejor nuestra cultura y su historia. No creemos que cuestionar signifique irrespetar, ni que decir que algunos investigadores se han equivocado e identificar sus errores sea un pecado. No quiere decir que no agradezcamos su trabajo ni que no les reconozcamos sus méritos. Creemos, más bien, que es necesario en la escena cultural de la ciudad el concurso de nuevos protagonistas. Por lo menos a mí personalmente me gustaría ver

nuevos críticos literarios, historiadores, sociólogos y filósofos abordando estos y otros temas en distintos medios de comunicación barranquilleros. Estoy convencido de que ellos pueden aportarle oxígeno a las discusiones y muchas ideas nuevas.

Lo malo hasta ahora es que no ha habido igual despliegue en los medios escritos de la ciudad entre ambas posiciones, y los jóvenes –dentro de los que me incluyo–, tenemos la impresión de que la imagen de unanimidad de criterio frente al tema *Voces* obedece en gran parte a este hecho, creemos que un pequeño grupo acapara los espacios de divulgación. No sobra hacer un llamado a los mismos a democratizar el acceso a la expresión pública, en especial de los más jóvenes. Y dejando esa inquietud en el aire, demos por terminado este artículo, con la esperanza de que algún provecho pueda sacarse del mismo.

René J. Campis C.
9 de julio de 2005

Apéndice 1: Defenestrando a un sabio

Armando Benedetti. Columna *Rincón Caribe*. Periódico *El Tiempo*. 27 de junio de 2005.

Fiorillo se fue hasta Berga, en Cataluña, para preguntarle a un par de panegiristas del «sabio» sobre la probable homosexualidad de don Ramón Vinyes.

Las respuestas fueron convenientemente difusas. Fiorillo le echa la culpa a Ramón Illán Baca, quien había escrito algo todavía más difuso: «Conocida su debilidad, el gobernador le puso un señuelo. El escritor acudió a la cita. Una patrulla de la policía lo arrestó y fue expulsado del país, como extranjero indeseable en menos de 24 horas».

El episodio no tendría la menor importancia, a estas alturas de tercer milenio, de no ser porque sirvió para enmascarar un provinciano episodio de mordazas al periodismo, inteligencia militar y derechos humanos.

Pero más que eso, porque sirve para intentar una desmitificación urgente. Lo de «extranjero indeseable» no tenía en realidad nada que ver con la homosexualidad de nuestro sabio. La trampa, con efebo incluido, que aquel viejo cascarrabias, pintoresco y autoritario había preparado contra nuestro sabio catalán, era en realidad una manera perversa de deshacerse de un enemigo político incómodo: Vinyes escribía editoriales «subversivos» contra el régimen.

La tradición oral y autorizada difundió por toda la parroquia que el piquete de policía sorprendió al sabio en los ajetreos que sospechaban, lo que provocó que fuese extraditado a las volandas. No se conocen muchas protestas de los amigos del sabio. De hecho, Voces publicaría después un horroroso poema de Eparquio González, que es como se llamaba el gobernador.

De cualquier manera, Vinyes no fue un sabio. Sus cuentos y obras teatrales están lejos de merecer elogios discretos, y hasta su propia crítica literaria se muestra decepcionante. Sus intuiciones desde el trópico niegan la perspicacia universal que se le atribuye. El que lo dude que lea los ditirambos que le obsequió al poeta Valencia. Don Ramón Vinyes es más un personaje de ficción. García Márquez, en una memoria justamente agradecida, lo puso al nivel de Melquíades, gran alquimista y exégeta feliz de los manuscritos de los Buendía.

No todo es ficción, desde luego. De hecho, las contribuciones de Vinyes a la cultura colombiana son importantes. La revista Voces alcanzó más calidad y estabilidad que cualquier otra publicación de su género en el país.

Barranquilla no era, como lo suponía alguna aldeana arrogancia de entonces, «el Manhattan del Caribe», pero sin duda aquí ocurrieron más y mejores cosas que en ninguna otra parte del país. Tampoco fue ficción que Vinyes fuese para García Márquez un oficiante, una figura apostólica providencial.

Uno suele tener buenas impresiones de los textos que adivina o que guardan algún parentesco con lo que cree. Por eso, me gusta un texto del profesor barranquillero Eduardo Bermúdez que aparecerá en el próximo número de la revista Huellas, de la Universidad del Norte, empeñado también en desmitificar a Vinyes.

Es prácticamente una estupidez pensar que todo lo que ocurrió en Voces fue autoría de Vinyes. Bermúdez sostiene que, sin Julio Enrique Blanco, José Félix Fuenmayor, Enrique Restrepo, Gregorio Castañeda, López-Penha y otros, la revista no habría sido posible. Tampoco el balbuciente «clima intelectual» que se fue dando aquí casi que por milagro de Dios.

El resto son calenturas, pero no del trópico, por cuanto el culpable de aquella fábula no es Gabito, prevalido de las licencias del poeta y del amigo, sino Gilard, un tipo de quien alguna vez García Márquez tuvo que quejarse: «¡No joda, déjame administrar mis propios recuerdos!». Pero hay que ser misericordioso con Gilard: no siendo ensayista, ni crítico, ni periodista, no puede reclamársele que haya hecho de todo esto un oficio. En fin, que no jodan más con ese cuento del sabio.

Apéndice 2: Andanzas lanudas de un columnista

Ariel Castillo Mier. Periódico *El Tiempo*. 4 de julio de 2005.

El personaje al que voy a referirme, aclaro, es un ente de ficción y cualquier parecido con la realidad no es sino una coincidencia, que se reitera con cierta constancia en el país del sagrado corazón blando: la historia de Caín que sigue matando a Abel.

Aunque para el personaje los costeños del Caribe colombiano son gentes de paz, su labor periodística se apuntala en

una columna en la que reparte puños y patadas y uno que otro sablazo contra los nacidos lejos del mar, en especial, los oriundos del páramo o la primavera paisa.

Los cachacos, en una lección de civilidad, han sabido responder a sus impertinencias litorales con la risa o el silencio y, de vez en cuando, sin perder la compostura, con textos contundentes como los de Daniel Samper o María Jimena Duzán. Pero como lo corriente ha sido la indiferencia andina, ahora el personaje de marras ha optado por meterse con algunos nativos del patio.

Primero fue contra García Márquez, a quien el país sigue sin perdonarle que haya roto con nuestra patética tradición de la derrota o de las victorias morales de los cinco centavos que faltan para el peso. Ante la imposibilidad de descalificar una obra literaria y periodística reconocida en todas las latitudes, nuestro hombre ha tenido que acudir al ataque contra la persona y se fue lanza en ristre contra la ingenuidad política y la macondiana vanidad del protagonista de la última novela policial del autor de Cien años de soledad.

Ahora la saña vino contra Ramón Vinyes. Pero como desconoce su orbe verbal (porque es imposible en una charla de tres horas apropiarse de los textos críticos, narrativos, ensayísticos, periodísticos, teatrales y de traducción del catalán currambero), el camino es entrometerse en la vida privada de Vinyes a través de un fácil y desafortunado juego de palabras con el nombre de su

tierra para aludir a su supuesta homosexualidad. Ataques a la persona y no a la obra. No conforme, la emprende contra quien más ha contribuido al conocimiento de la literatura del Caribe colombiano: Jacques Gilard.

El problema no es la crítica, sino la manera arbitraria de ejercerla. Si uno se va a referir a un escritor, lo elemental es hacerlo a partir del conocimiento de la obra. No es que no se puedan cuestionar los criterios y la producción literaria de Ramón Vinyes, pero para hacerlo no es preciso recalcar en su vida privada. Y el artículo contra Vinyes es un texto de cuarta o quinta mano que cita a Fiorillo que cita a Bacca que cita en secreto a Germán. Si hubiera leído a Vinyes, hubiera aprendido su lección de ética presente en Voces, 29: «No se debe hablar del hombre, sino de su obra».

Lector infatigable, Vinyes escribió, como no lo ha hecho otro crítico en la Costa hasta la era de Carlos J. María. Conversador insigne, su palabra es posible que haya sido más eficaz que su obra escrita.

La crítica auténtica es un acto de amor y no de demolición y menos en un país

en cuya historia cultural es poco lo que se ha podido construir, precisamente por el obstáculo que representan tantos sabios de mentira.

No hay derecho a persistir en la descalificación de un trabajo más que generoso como el de Jacques Gilard, que ha sabido revelar que detrás de la obra de García Márquez había una tradición, un esfuerzo colectivo. Si bien es posible entrar en desacuerdo con las hipótesis de Gilard, lo recomendable es debatir sus propuestas, pero con rigor similar y a partir del conocimiento de su vasto trabajo minucioso, y con juicios (no con prejuicios). Bienvenida es la crítica pero cuando es constructiva, cuando sirve como punto de partida.

La historia cultural del Caribe ha sido de apertura, de sana curiosidad y respeto por el otro, hasta cuando este ha optado por la trampa, la agresión o la exclusión. Nunca ha sido la xenofobia una actitud de los caribes, gente abierta a todos los puntos cardinales, navegantes naturales, curiosos consumados. No ha sido peleando (y pelechando) contra los cachacos o los fuereños como han construido sus obras resistentes al tiempo y a la envidia.